Distribuido para secretaria@fundacionformentor.es * Este artículo no puede distribuirse sin el consentimiento expreso del dueño de los derechos de autor.

EMILIA GUTIÉRREZ

Vargas Llosa, que ha anunciado, tras su nueva obra, su silencio como novelista

Silencios que no lo son, memoria, misterio y otras sorpresas

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

No he incluido aquí, para alivio del lector, a los escritores que no dejan de opinar en público. Entre ellos está, y por pudor omito su nombre, el que ha declarado que Juan Ramón Jiménez es un pesado, y que prefiere a Chiquito de la Calzada.

Mario Vargas Llosa, **Le dedico mi silencio** (*Alfaguara*). El protagonista de la novela es un erudito de música criolla que se queda tan fascinado al escuchar a Lalo Molfino que decide ir a conocerlo. Se inicia así el carácter itinerante tan frecuente en la narrativa de Vargas Llosa, y el regreso a su Miraflores natal, pero aquí, a diferencia de en *Los cachorros*, lleno de basura y de ratas. En la reivindicación del vals criollo ve la expresión de la nacionalidad peruana. El escritor anuncia su silencio como novelista, al que por suerte no creemos.

Manuel Vázquez Montalbán, **Los papeles de Admunsen** (edición de Jesús Colmeiro, *Navona*). Novela inédita escrita en la década de los sesenta, por lo que su publicación habría sido totalmente imposible, y ahora felizmente recuperada. Aquí vemos cómo la universidad (la de Joan Petit, Martín de Riquer, Francesc Gomà o del parodiado filósofo fanático comunista Manuel Sacristán) y sus años en la cárcel le marcaron profundamente. Su experiencia como cronista le ha sido especialmente provechosa.

Álvaro Pombo, **Santander, 1936** (*Anagrama*). Pombo abandona aquí uno de sus temas más frecuentes, la homosexualidad, y su prosa ya no está cargada de la intensidad lírica que le acercaba a la poesía. Novela autobiográfica ambientada en su Santander natal, tiene como protagonista los miembros de la rancia dinastía de los Pombo. El conflicto surge cuando uno de sus miembros se afilia a Falange, que para él "no es un partido, es un movimiento espiritual". La dialéctica que se genera es uno de los aspectos más atractivos de la novela.

Ignacio Martínez de Pisón, **Castillo de fuego** (*Seix Barral*). El narrador aragonés no vivió directamente los primeros años de la posguerra, pero los vive intensamente, como los vivimos nosotros, a través de su escritura fruto de una rigurosa documentación y de la sugerente prosa cargada de contenida emoción y de una viva galería de personajes. Se integra perfectamente en una tradición que va de Pérez Galdós a Almudena Grandes, y se confirma aquí que la jaleada paz no llegó con el final de la Guerra Civil. Ha sido celebrada como una de las grandes novedades del año.

Antonio Soler, **Yo que fui perro** (*Galaxia Gutenberg*). Estamos ante un caso de violencia de género, con la peculiaridad de que, escrita en forma de diario, está contada por el propio narrador, que nos ofrece una lectura tergiversada que el lector está obligado a desenmascarar. El sexo tiene una presencia dominante, presentado de forma atractiva, pero pronto descubrimos que es una persona celosa, posesiva, un voyeur que lo vive todo obsesivamente, de ahí los frecuentes motivos recurrentes. Divertidas las descripciones del físico de los personajes.

Cristina Fernández Cubas, **El columpio** (*Firmamento*). Muy oportuna esta recuperación de *El columpio*, una magnífica novela corta que comparte todas las virtudes de sus magistrales cuentos. La acción aquí no tiene lugar en Arenys, sino en la misteriosa Casa de la Torre. Ya antes de llegar a este espacio cerrado y opresivo la narradora observa algo extraño: la carta que ella escribió anunciando su llegada, que nunca llegó a manos de sus tíos. Su llegada es un sorpresa y su estancia, algo inquietante, lleno de secretos.

Juan José Millás, **Solo humo** (*Alfaguara*). Para Juan José Millás la percepción de la vida cotidiana que nosotros vivimos como una normalidad, para él revela los aspectos más desconcertantes. Aquí lo descubrimos a través de la lectura que Carlos hace de un cuaderno escrito por su padre que nos habla de su vida y de la relación con una vecina de piso: la casa de al lado, tan presente en toda su narrativa.

Laura Fernández, **Damas, caballeros y planetas** (*Random House*). Una serie de relatos marcados por la imaginación llevada a sus límites y alimentada por la ciencia ficción y la narrativa norteamericana más radical, con la presencia de extraterrestres, dinosaurios y seres animados que hablan infatigablemente. Una de las propuestas más poderosas e insólitas de nuestra narrativa, un auténtico desafío a la mente del lector.

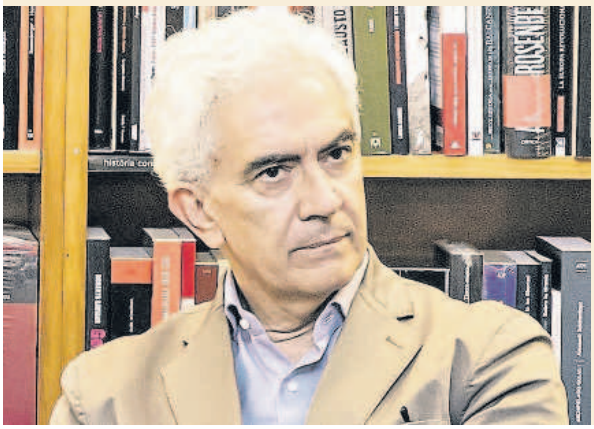
Basilio Baltasar, **El Apocalipsis según san Goliat** (*KRK*). Hay que señalar aquí la absoluta originalidad y audacia de una escritura que felizmente no pertenece a ninguna generación y que en su originalidad nos acerca a lo mitológico, pese a que nos movemos en el presente. Es decir, que lo atemporal y lo temporal confluyen, con la presencia amenazadora de la vejez. A destacar la visita de Claudia a un museo.

Miguel Ángel Hernández, **Anoxia** (*Anagrama*). La anoxia es la pérdida de oxigenación cerebral. Uno de los temas de la novela es la toma de fotografías de difuntos. Se trata de fotografiar al agonizante. Hernández se ha documentado sobre esta tradición y asistimos a la vida en el instante de la muerte. Al mismo tiempo están las inundaciones de Murcia en el 2019 y Dolores recoge con un daguerrotipo la destrucción y desolación. Una novela absorbente que merece todos los elogios.

Elisa Victoria, **Otaberra** (*Blackie Books*). Hay aquí todo lo contrario de la idealización de un lugar. Una novela en la que no cabe la nostalgia. Estamos anclados en el presente gracias a la recuperación de muchos momentos del pasado, para crear, gracias a la dramática estructura, la simultaneidad. La narradora vive en constante tensión sin que sepamos exactamente a qué es debido, y el lector vive también una constante tensión.

Mariana Travacio, **Me verás caer** (*Las Afueras*). Una elaborada e inteligente estructura en una serie de cuentos ambientados en "este país maldito" –la Argentina de la narradora– con la presencia de un río que no lleva a ninguna parte, y la llovizna espantosa que nos asedia. Relatos dominados por la soledad, la vejez y la muerte. /

/ Pombo, Montalbán o Pisón nos llevan de nuevo en sus relatos a la Guerra Civil y los años del franquismo



/ La originalidad destaca en libros como los de Basilio Baltasar, Elisa Victoria o Miguel Á. Hernández

A la izquierda, Cristina Fernández Cubas y Basilio Baltasar